

Norman Lebrecht

GENIO Y ANSIEDAD

CÓMO LOS JUDÍOS CAMBIARON EL MUNDO, 1847-1947

Traducción de
Alejandra Freund

Alianza Editorial

Título original: *Genius and Anxiety. How Jews Changed The World, 1847-1947*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2019 by Norman Lebrecht
© de la traducción: Alejandra Freund, 2022
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1362-799-1
Depósito Legal: M. 5.625 -2022
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

BREVE GLOSARIO DE TÉRMINOS JUDÍOS	9
INTRODUCCIÓN: VISIONARIOS	15
1. 1847: EL VISITANTE	25
2. 1851: LAS GUERRAS DE LOS JUDÍOS	59
3. 1863: REPRIMENDA	77
4. 1875: CARMEN, <i>QUAND-MÊME</i>	95
5. 1881: LA HAMBURGUESA DEL ZAR	123
6. 1890: DOS BARBAS EN UN TREN	157
7. 1897: SEXO EN LA CIUDAD	193
8. 1905: LO QUE SABEMOS QUE NO SABEMOS	233

9. 1911: BLUES 'N' JEWS	261
10. 1917: SANTO DIOS	291
11. 1924: ESCOLARES	329
12. 1933: CUATRO ASESINATOS	355
13. 1938: CIUDADES REFUGIO	371
14. 1942: DÍAS NEGROS	401
15. 1947: NEW YORK, NEW YORK	431
16. 2019: CHAMPÁN PARA DESAYUNAR	467
AGRADECIMIENTOS	470
NOTAS	473
BIBLIOGRAFÍA	489
ÍNDICE ANALÍTICO	505

BREVE GLOSARIO DE TÉRMINOS JUDÍOS

Aleph-bet (heb)	primeras dos letras del alfabeto (y origen de esa palabra).
Aliyá (heb)	ascensión; en el sionismo, migración a la Tierra de Israel.
Amidá (heb)	literalmente, «estar de pie»; el acto central del rezo judío.
Asquenazi (heb)	judíos de origen nordeuropeo.
Avot (heb)	padres; un tratado de la Mishná.
Bar mitzvá (araméo/heb)	ritual de la mayoría de edad para muchachos de trece años; «hijo del mandamiento».
Bat mitzvá (araméo/heb)	ritual de la mayoría de edad para muchachas de doce años; «hija del mandamiento».
Batlán (heb)	vago; usado peyorativamente para estudiantes de la yeshivá.
Beit midrash (heb)	casa de estudio.
Broiges (heb/yidis)	furioso; enfadado con alguien, cortar el contacto.
Calá (heb)	novia.

Daven (latín/yidis)	rezar.
Dérej éretz (heb)	literalmente, las costumbres de la tierra; la cultura predominante, de ahí la simbiosis de la Torá con dérej éretz.
Ein bereirá (heb)	no hay elección, sin alternativa.
Éretz Yisrael (heb)	Tierra de Israel.
Finjan (judeo-árabe/persa)	pote o taza de café.
Freygish (yidis)	interrogar; en música, el modo frigio.
Frum (yidis/alemán)	ortodoxo, devoto.
Gaón (heb)	genio.
Goy (heb)	literalmente, nación; se utiliza para designar a un no judío.
Guenizá (heb/persa)	escondite.
Gueto (italiano-judío)	recinto cercado, seguramente proviene de <i>borghetto</i> , pequeño barrio.
Halajá (heb)	código de la ley judía.
Hatikva (heb)	esperanza: himno nacional israelí.
Herem	prohibición, excomunicación.
Hora	baile jalutz de origen rumano.
Ilui (heb)	niño prodigio.
Jabad (heb)	acrónimo de <i>Jojmá, Binah, Daat</i> (sabiduría, entendimiento, conocimiento), el lema de los jasidim Lubavitch.
Jajam (heb)	hombre sabio, líder sefardí.
Jalá (heb)	pan trenzado para el Shabat.
Jalutz (heb)	pionero en Palestina.
Jasid (heb)	seguidor de un grupo judío místico, dirigido por un rebe; plural, jasidim.
Jatán (heb)	novio.
Jazán (heb)	cantor de la sinagoga; dirige las plegarias.
Jéder (heb)	clases básicas de hebreo para niños pequeños.
Jupá (heb)	palio para la ceremonia de boda judía.
Jutzpá (heb)	cara dura, descaro, insolencia.
Kadish (heb)	plegaria fúnebre de aceptación del juicio de Dios, recitada por los dolientes.
Kevod harav (heb)	honorable rabino.
Kibutz (heb)	comuna agrícola israelí.

Kidush (heb)	bendición del Shabat mientras se toma el vino.
Klezmer (heb)	literalmente, instrumentos musicales; en general se utiliza para bandas de boda.
«Kol Nidrei» (arameo)	literalmente, todos los votos; la oración inicial del Yom Kipur.
Kosher (heb)	comida permitida para judíos ortodoxos.
Kvetch (yidis)	refunfuñar, quejarse, murmurar; del alemán medieval <i>quetschen</i> .
Litvak (yidis)	lituano.
Mashíaj (heb)	mesías.
Matzá (heb)	pan ácimo de la Pascua.
Mazal tov o Mazel tov (heb)	literalmente, buena suerte; se usa como exclamación de enhorabuena.
Meizid (heb)	acto deliberado.
Melamed (heb)	profesor de primaria.
Meshuga (heb/yid)	loco.
Mezuzá (heb)	emblema que se coloca en la jamba de las casas judías.
Mikvé (heb)	baño ritual.
Minyán (heb)	reunión de diez hombres, el mínimo necesario para recitar el Kadish.
Mishná (heb)	formulación de la ley judía en seis volúmenes entre los siglos I y II.
Misnaged (heb)	contrario al jasidismo; seguidor de la escolástica de estilo lituano.
Mitzvá (heb)	deber o mandamiento derivado de la Torá.
Mohel (heb)	persona que lleva a cabo circuncisiones; también <i>mohler</i> (alemán-yidis).
Musar (heb)	movimiento ético lituano del siglo XIX.
Neilah (heb)	oficio de clausura del Yom Kipur.
Pletzl (yidis)	lugar pequeño; el corazón del París judío, en el Marais.
Pogromo (ruso)	ataque armado contra judíos.
Posek (heb)	rabino con autoridad para determinar precedentes legales.
Rajmones (heb)	pena.
Rav o Rov (heb)	rabino no jasídico.

Rebe (yidis)	líder de una dinastía jasídica.
Risches (heb/yid)	maldad, antisemitismo.
Rosh yeshivá (heb)	director de un seminario talmúdico.
Schmaltz (yidis)	exceso de sentimentalismo; también grasa de pato untada sobre pan.
Schmooze (yid)	charlar, cotillear, convencer a alguien, comentar; del hebreo <i>shemuos</i> (cosas oídas).
Schnorrer (yidis)	mendigo.
Séder (heb)	literalmente, orden; el oficio que precede a la comida de Pascua.
Sefardí	judíos con raíces mediterráneas o del Oriente Medio.
Shames/Shamash (heb)	sacristán de una sinagoga.
Shehechyanu (heb)	bendición para una nueva ocasión: «quien nos ha dado vida y nos ha sustentado hasta hoy».
«Shema» o «Shema Yisrael»	tres pasajes de la Escritura, recitados tres veces al día, que proclaman: «Escucha, oh Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es Uno».
Shiduj (heb)	emparejamiento; también shadjan como casamentero.
Shlujim (heb/yid)	término jabad para parejas de emisarios.
Shofar (heb)	cuerno de carnero.
Shogeg (heb)	acto involuntario.
Shojet (heb), shejchter (yid)	matarife de animales para carne kosher.
Shtetl (yid)	pueblo o ciudad pequeña con una población judía numerosa.
Shtiebl (yidis)	pequeña sala de plegarias.
Shul (yid)	sinagoga.
Sidur (heb)	libro de oraciones.
Talit (heb)	mantón de rezo para hombres.
Talmud (heb)	compendio de debates rabínicos del siglo IV al VIII; fundamento para la halajá.
Tefilín (arameo)	cintas y cajas de cuero que usan los hombres para la oración de la mañana, también llamadas filacteria.
Tikún olam (heb)	reparar el mundo; la idea de que el hombre tiene el deber de completar la creación de Dios.

Torá (heb)	enseñanzas, normalmente referidas a los cinco libros de Moisés.
Tuchslecker (yidis)	persona adulatora; sicofante.
Yala (árabe)	vamos; a por ello.
Yejidus (yidis/heb)	privacidad; palabra jabad para referirse a una consulta con el rebe.
Yeshivá (heb)	escuela rabínica para el estudio del Talmud.
Yid (inglés)	peyorativo para judío.
Yishuv (heb)	término colectivo para los colonos judíos en Palestina.
Yom Kipur (heb)	Día de la Expiación.
Zakai (arameo)	inocente.
Zhid (ruso)	peyorativo para judío.



Celebración del Yom Kipur para soldados judíos en el ejército alemán durante la Guerra Franco-Prusiana, a las afueras de Metz, octubre de 1870.

INTRODUCCIÓN

VISIONARIOS

Entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX, un puñado de hombres y mujeres cambiaron la manera en que vemos el mundo. Algunos de ellos serán para siempre nombres de referencia: Marx, Freud, Proust, Einstein, Kafka. Otros se han ido borrando de nuestra memoria colectiva, pero su importancia sigue perdurando en nuestra vida diaria. Sin Karl Landsteiner, por ejemplo, no habría transfusiones de sangre ni cirugía mayor, sin Paul Ehrlich no tendríamos quimioterapia, sin Siegfried Marcus no existiría el coche, sin Rosalind Franklin no tendríamos el modelo de la estructura del ADN, sin Fritz Haber no habría suficiente alimento en la tierra para mantenernos a todos, sin Geneviève Halévy no se habría compuesto *Carmen*, sin Emanuel Deutsch no existiría el Estado de Israel.

Todos estos creadores tenían en común ser judíos, algunos por su ascendencia, mientras que otros eran practicantes de la fe judía. Todos parecen ser «visionarios» y todos eran adelantados a su tiempo. Por qué, en esta época, un puñado de judíos lograron ver lo que otros no pudieron es precisamente el tema de este libro.

Esta propuesta tiene una cara inversa. Si los judíos transformaron el mundo entre 1847 y 1947, ¿cambió el mundo también a los judíos, quizá hasta el punto de hacerlos irreconocibles? (La respuesta abreviada: sí). Que yo sepa, ningún historiador ha analizado esta historia desde ambos puntos de vista. En el multicultural siglo XXI, sus implicaciones quizá puedan tener una mayor relevancia como plantilla para el diálogo y la simbiosis culturales.

De acuerdo con el saber popular, cinco judíos escribieron las normas de la sociedad:

Moisés dijo que la Ley lo es todo.
 Jesucristo dijo que el Amor lo es todo.
 Marx dijo que el Dinero lo es todo.
 Freud dijo que el Sexo lo es todo.
 Einstein dijo que Todo es Relativo.

Jajaja, pero es más que medio verdad. De hecho, los judíos tienen medioaxiomas para casi todo. Un siglo antes de Cristo, un hombre pidió que le enseñaran la Torá entera mientras se balanceaba sobre una pierna. Hilel el Sabio dijo: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Lo demás es comentario». Un milenio más tarde, un periodista pide a Albert Einstein que explique su teoría de la relatividad, y él contesta: «La materia le dice al espacio cómo curvarse». Un aforismo hileliano. Cuando el gacetillero sigue mirándole perplejo, Einstein cuenta un chiste judío. Eso ya funciona (véase la página 245).

Aún no se ha explorado realmente la mentalidad judía que hay detrás de la oleada de genios¹. ¿Hasta qué punto influyen los elementos judíos de su entorno en Mahler, Modigliani, Proust? ¿Cómo sabe Freud que el sexo es la fuente de la mayoría de los sufrimientos? ¿Por qué odia Marx a los judíos? ¿Cuánto influyen la ciencia y la migración masiva en el pensamiento rabínico, por no mencionar la condición física de los judíos? ¿Cuándo es una virtud ser judío? ¿Por qué el mundo no ve lo que, para uno o dos judíos, no podría ser más evidente?

La tendencia a adoptar puntos de vista diferentes se puede ilustrar con una anécdota —apócrifa— del director de una famosa yeshivá

lituana que regañó a sus alumnos por jugar al fútbol en la hora de la comida cuando podrían estar debatiendo joyas de la Torá. «Pero si el fútbol es un juego maravilloso, *kevod harav* (honorable rabino) —protestan los estudiantes—. Permita que se lo mostremos». En el siguiente partido de liga en Vilna, en el que participaban los mejores jugadores del país, los estudiantes y su rav tomaron asiento en la grada. En el descanso, los jóvenes pidieron al rav su opinión.

—He resuelto vuestro problema —responde.

—¿Cómo, *kevod harav*?

—Que le den una pelota a cada equipo y no tendrán nada por lo que pelearse.

La manera de pensar del rosh yeshivá es contraintuitiva para el método occidental, que empieza observando los hechos sobre el terreno —veintidós hombres y una pelota— antes de tratar de comprenderlos en un contexto de interacción social. El rav, ajeno a las normas, ve el juego desde una cuarta dimensión, un mundo aparte de la situación. Ofrece una solución que, aunque irrelevante para el juego del fútbol, tiene una cierta elegancia angelical y rectitud ética.

Algunos aspectos de la solución del rav se pueden encontrar en el enfoque deconstructivo de Benjamin Disraeli a la política británica, en la explotación de la fama de Sarah Bernhardt y, decisivo para el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, la división del átomo por Leo Szilárd: «Vio un camino hacia el futuro... hacia lo que nos depara el porvenir». El tiempo y el espacio son flexibles para Szilárd, como también lo son para Einstein, Haber, Meitner y Kafka, porque su concepción del tiempo y del espacio no está limitada a las líneas blancas sobre el césped. Los judíos se refieren al «tiempo judío» como una medida relativa; el Talmud establece una «hora relativa», asimismo conocida como hora halájica, que varía de un día para otro dependiendo de la posición del Sol. El tiempo relativo forma parte de la herencia genética de Einstein mucho antes de que anunciara el descubrimiento de la relatividad.

Sigmund Freud sostiene en varias ocasiones que se crio en un hogar no religioso y que no sabe nada de judaísmo. Cualquier investigador que conozca el Talmud se sorprenderá al descubrir que Freud emplea nada menos que seis de los trece principios de la exégesis talmúdica —sin duda incons-

cientemente— en su planteamiento analítico. Es igualmente revelador descubrir que Marx manifestó una profunda familiaridad con las costumbres de aseo judías o que Trotski estaba tan sensibilizado contra el antisemitismo que ya en 1923 lo denuncia en *Pravda*. Es casi seguro que la *madeleine* de Proust se elaboró a partir de una receta judía. Kafka sueña con ser camarero en un café de Tel Aviv. Su psique judía ni duerme ni dormita.

Hay otro factor conectivo. Por cada persona genial que aparece en este libro circula una corriente de angustia existencial. El terror a perder los derechos de ciudadanía y de libertad de expresión atenaza a los judíos del siglo XIX y principios del XX. Tras el caso Dreyfus, las grandes mentes se ven obligadas a justificar su existencia en un ambiente hostil y a hacerlo rápido, antes del siguiente pogromo. No esperan aceptación. Todo lo contrario, saber que sus ideas serán con toda probabilidad rechazadas les permite pensar lo impensable, y les obliga a hacerlo pronto, antes de la siguiente crisis. No es ninguna coincidencia que Freud, Einstein, Schoenberg, Proust, Herzl, Trotski, Haber y Hirschfeld surjan en la década posterior a Dreyfus, un acontecimiento clave cuya magnitud no suele ser reconocida fuera de Francia. Dreyfus reaviva un miedo primigenio y los judíos coetáneos lo interpretan como una demostración de su marginalidad y por tanto de su oportunidad.

Para Kafka, la alienación no es un problema judío, ni siquiera una carencia personal; la extrapola como un síntoma esencial de la condición humana universal. George Gershwin, el primer compositor nacido en Estados Unidos en obtener éxito internacional, solo se siente feliz en una fiesta cuando está sentado al piano en una esquina de la habitación, tratando de averiguar el sentido de todo ello. Schoenberg, cuando le preguntaron si es él el hombre que produce esa horrible música atonal, dice: «Bueno, alguien tenía que hacerla, así que, ¿por qué no yo?». Un judío, sumido en preocupaciones por la supervivencia colectiva, es libre de adentrarse donde los ángeles no se aventuran, razonando que «al fin y al cabo, ¿qué es lo peor que me pueden hacer?». La mayoría de los psicólogos suele considerar la *Angst*, un sentimiento de terror o aprehensión (del latín *anxius*), algo negativo, algo que inhibe los sentimientos. Freud no lo ve así. Entre los judíos, la ansiedad es el principal factor motivante, un motor para nuevas ideas.

La palabra «genio» se deriva del latín *genius*, referido a la naturaleza de una persona, o *gignere*, engendrar. Para los hebraístas tiene su origen en gaón —grandeza, excelencia o arrogancia—, un sustantivo que se usó por primera vez en el Éxodo de Egipto (Ex. 15:7) y, posteriormente, cuarenta y una veces en la Biblia. Aparece en los Salmos (47:5) como *geon Yaakov*, el genio de Jacob, una alusión a la posible existencia de un genio innato en los judíos. Samuel Johnson amplía la definición de grandeza para incluir dos categorías más: el poder dominante, cualquier persona dotada de «facultades superiores» y, como concepto abstracto, una «disposición de la naturaleza por la cual alguien está cualificado para una ocupación determinada». Con esto se refiere a la insospechada aptitud de muchas personas corrientes para actuar ante una oportunidad o una emergencia de una forma que los demás no pueden: llegada la hora, surge el individuo providencial. Este tipo de genio, escribe el gran diccionarista, «es como hacer fuego con un pedernal, solo se genera cuando se le golpea con un objeto apropiado» (puede que Johnson se estuviera refiriendo a su propia inutilidad para cualquier otra actividad). Bastantes individuos de nuestro relato pertenecen a esta categoría efímera: hombres y mujeres que dan un paso adelante en el instante de una emergencia u oportunidad y demuestran una capacidad inesperada y sobrehumana para la acción y el ingenio. Para unos el genio es innato, para otros es sobrevenido.

No voy a defender el excepcionalismo judío, ni tampoco creo que los judíos estén genéticamente dotados por encima de la media para las matemáticas, el entretenimiento y el dinero, como se suele decir, normalmente con malicia. Es imposible acabar con esos prejuicios solo a base de razonamientos, y un poco de crema embellecedora puede ser útil. La primera mujer en convertirse en millonaria en dólares es la cosmóloga Helena Rubinstein, la diminuta prima (1,47 m) del filósofo Martin Buber, obsesionada con el autoperfeccionamiento. Abandona Varsovia a los veinte años de edad y encuentra un marido en Australia, donde descubre que las mujeres, bajo el intenso sol de las antípodas, viven en constante miedo por su piel. Por suerte, ha traído consigo una crema para protegerse y se encuentra en el lugar idóneo para manufacturar más, pues tiene acceso ilimitado a la lanolina, una grasa producida

por las ovejas, y a hierbas para desodorizarla. Para cuando abandona Australia en 1908, Helena ya cuenta con tiendas en varios países. Al año siguiente, una mujer canadiense de pura ascendencia córnica abre su negocio con el nombre de Elizabeth Arden y se bate con Rubinstein por cada arruga de Norteamérica. Si Rubinstein inaugura una tienda en Mineápolis o en Madison Avenue, Arden abre la suya al otro lado de la calle. Se roban mutuamente a los ejecutivos y contratan a publicistas para hundir a la otra en la prensa, dominando el sector cosmético hasta que aparecen Charles Revson y Estée Lauder y amplían la competencia. Hay poco que distinga a ambas reinas del negocio de la belleza excepto esto: Rubinstein es abiertamente judía y no cabe duda de que Arden no lo es. Ambas operan en condiciones idénticas y Arden amasa la misma fortuna que Rubinstein. Puede que ella lo gastara en caballos de carreras mientras que Rubinstein prefiere coleccionar arte moderno, pero no hay manera de decir cuál de las dos es más o menos judía, tanto en mentalidad como en *modus operandi*. De esta comparación podemos concluir que no hay un genio específicamente judío para hacer dinero. Si lo hubiera, a estas alturas ya lo habría comercializado alguien.

Si los judíos destacan en algún área en particular, se debe generalmente a la cultura y las experiencias, no al ADN. Ante la adversidad, los judíos aprendieron a pensar de una forma distinta a los demás y, quizá, a pensar más. Al compositor Gustav Mahler le gustaba decir que «un judío es como un nadador con un brazo corto. Tiene que nadar con el doble de fuerza para alcanzar la orilla». La ansiedad tiene el mismo efecto que un capataz egipcio en el libro del Éxodo. Les incita a actos de genialidad.

¿Qué me capacita a mí, historiador de la música y novelista, para contar esta historia? Mis credenciales incluyen mi paso durante un breve periodo por una eminente yeshivá de Jerusalén, seguido del estudio continuado del Talmud, el dominio de las lenguas judías esenciales (hebreo, arameo y yidis), y la incapacidad para pasar por delante de una librería de segunda mano en Tel Aviv, Viena, París, San Petersburgo o Nueva York sin adquirir una docena de autobiografías esotéricas, muchas de las cuales están ahora mismo mirándome con reprobación desde las dos paredes llenas de

estanterías de mi despacho. Para obtener manuscritos inéditos he recurrido a bibliotecas de universidades y a los archivos de familiares y amigos.

La mayor parte de lo que trato tiene su origen en testimonios de primera mano. A lo largo de mi vida he tenido la suerte de poder hablar varias veces con testigos y autoridades que me han aportado conocimientos y experiencias de un valor incalculable. Solía pasar diez minutos cada mañana con Aharon Lizra, que podía recitar de memoria tanto la Biblia hebrea como el Corán árabe. He tenido la posibilidad de coger el teléfono y llamar a Raphael Loewy y a Michael Weitzman para que me ayudaran con la etimología caldaica y siríaca. Baruch Kurzweil, que abandonó Frankfurt en 1933, me inició en literatura alemana y en la guerra académica; Leah Goldberg me introdujo a los grandes escritores rusos. Eleanor Rosé, mi vecina del piso de arriba, creció entre artistas en la Viena del *fin de siècle*. Alma Mahler y Lotte Klemperer conocieron el Berlín de entreguerras. Llamé por teléfono a Berthold Goldschmidt, que tenía una gran memoria para los gestos, para preguntarle cómo entraban en una habitación Schoenberg o Busoni. «Ven a tomarte un café y te lo muestro», dijo él. Su generación, ya extinta, tenía un formidable respeto por los detalles verificables. «No puedo contarte esto —decía la Sra. Rosé—, porque ya no estoy segura de haber estado allí en persona o si simplemente me lo contaron». Hoy en día, con internet, tenemos acceso a más información de la que jamás necesitaríamos, pero los recuerdos de hombres y mujeres que fueron educados para buscar la verdad, preservarla y defenderla a toda costa son irremplazables.

Esta historia de genio y ansiedad no comienza arbitrariamente en 1847, ni tampoco termina exactamente un siglo después. Utilizo estas dos fechas como sujetalibros para delimitar una época en la que los judíos interactuaron de forma más intensa con el mundo que en cualquier otra. En cierta manera, la historia de los judíos concluye el 29 de noviembre de 1947, cuando las Naciones Unidas reconocieron la justicia moral de fundar un Estado judío en la patria bíblica. No obstante, la realización del sueño sionista no es una solución más duradera para el problema humano que el marxismo o la atonalidad. El nacimiento del Estado de Israel marca el comienzo de un nuevo capítulo. No es el final de la historia.

Como la mayoría de los judíos nacidos después del Holocausto, solía pensar que el antisemitismo era cosa del pasado. Los desprecios e insultos que mi padre sufrió a diario durante toda su vida en Inglaterra apenas me afectaban. Si me topaba con actitudes de odio, suponía que habían sido provocadas por algo que había escrito o que eran aleatorias e irracionales. El antisemitismo perduraba en el bloque soviético, en la propaganda árabe y en algunos grupos marginales tan débiles que no merecían atención, pero no me afectaba en mi fuero interno. Durante los últimos cinco años, mientras escribía este libro, me he visto obligado a reconocer que estaba equivocado.

La animadversión hacia los judíos por el mero hecho de ser judíos se ha convertido en un arma de nuestros tiempos. Desde 2014 hemos visto el ascenso de partidos de extrema derecha en Alemania, Francia y Suecia, y sobre todo en el este de Europa, donde el financiero judío George Soros, nacido en Hungría, se ha convertido en una figura de odio con nariz aguileña, la personificación del mal. Más preocupante incluso, la izquierda política de Europa occidental ha convertido un antisionismo razonado en un ataque visceral contra todos los judíos, especialmente aquellos que se niegan a criticar al Estado de Israel por acciones que, bajo cualquier parámetro racional, son menos insidiosas que algunos actos cometidos por países que cuentan con el apoyo de la izquierda, como Venezuela, Rusia y China. El Partido Laborista británico, que en su día albergaba a los judíos de izquierdas, está liderado por personas que creen que el Estado de Israel no tiene derecho a existir. En las universidades estadounidenses, antes bastiones de la libertad de expresión, ahora prohíben a los estudiantes judíos manifestar cualquier opinión sobre el conflicto de Oriente Próximo que no sea antisionista. El término derogativo «Zio» se ha convertido en la versión de izquierdas de «yid».

Cada hora que pasa hay motivos de preocupación en las noticias. Una anciana superviviente del Holocausto es brutalmente asesinada en su apartamento en París. Matan a tiros a un rabino y a tres niños en un colegio en Toulouse. Estudiantes polacos hacen el saludo nazi a la entrada de Auschwitz. Un alcalde sueco culpa a los judíos del antisemitismo en su ciudad. Un hombre armado grita «todos los judíos deben morir» y ataca una sinagoga en Pittsburgh, Pensilvania, duran-

te la ceremonia del Shabat, acabando con la vida de once personas, y un miembro de la Cámara de los Lores británica señala que la política israelí hacia los palestinos es culpable de la tragedia.

En 2017, los ataques antisemitas crecieron un 57 por ciento en Estados Unidos y un 34 por ciento en el Reino Unido. El odio a los judíos, aplacado durante mucho tiempo por la repugnancia que despierta el Holocausto y por la legislación parlamentaria, vuelve a campar entre nosotros, en nuestras calles, en nuestros colegios y en las pantallas de nuestros teléfonos y ordenadores, tecnologías que casualmente funcionan gracias en parte a inventos de judíos deplorables. Es *cool* ser cruel con judíos (aunque no con otras minorías). Tenemos guardias a la puerta de nuestras sinagogas.

El prejuicio, alimentado por la ignorancia e inflamado por la ideología, crece año tras año. Los niños necesitan protección a la entrada de los colegios. Ninguna persona en su sano juicio cree ya que el antisemitismo haya sido vencido o siquiera que esté bajo control. Los judíos, en mayor o menor medida, se sienten atacados. Los judíos franceses han emigrado masivamente; de la extensa familia de mi madre apenas queda alguien allí. El historiador británico Simon Sebag Montefiore informa de que «prácticamente todas las familias judías que conozco han hablado de irse de Inglaterra por el antisemitismo laborista»². Muchos judíos son propietarios de segundas residencias en Israel, «por si acaso». Las únicas comunidades europeas de judíos que prosperan son las que han regresado a las antiguas zonas de exterminio de Alemania, Hungría y Polonia.

Es el deber del escritor contar la verdad, y con suficiente detalle como para poder imponerse al torrente de mentiras. Kafka decía que la verdad «es una de las pocas cosas realmente importantes y valiosas en la vida». En el ambiente de posverdad actual, me parece crucial recordar el impacto del genio judío en la civilización occidental y contarlo como realmente ocurrió.

Norman Lebrecht
St. John's Wood, enero de 2019



Heinrich Heine se exilia, 1831.

CAPÍTULO 1

1847: EL VISITANTE

Una semana antes de Navidad en 1846. Un compositor mundialmente conocido aparece sin avisar en la casa de su hermana en Berlín.

Ella le está esperando. Los hermanos tienen un vínculo tan estrecho que se anticipan a los pensamientos del otro. Fanny Hensel, regordeta y con ojos castaños, corre a abrir la puerta y abraza a su hermano menor, Felix Mendelssohn Bartholdy. Cogidos de la mano, caminan hacia la parte trasera del número 3 de la Leipziger Strasse hasta llegar a la casita donde vive con su marido, el pintor Wilhelm Hensel, y su hijo adolescente, Sebastian.

Felix parece atormentado, necesita unas vacaciones, está agobiado por su posición de *Kapellmeister* de Leipzig, donde no solo dirige la orquesta más importante del mundo, sino que también examina a cada uno de los alumnos de la academia de música, hasta a los más vagos. Las semanas libres están ocupadas con giras de conciertos por capitales europeas. Anhela asentarse en Berlín, en una casita con jardín donde pueda componer en paz. «Hace siglos que no pasamos un cumpleaños juntos», le reprocha Fanny. Acaba de cumplir los cuaren-

ta y un años y está asumiendo el papel de su difunta madre como conciencia familiar. «Cuenta con ello —promete Felix—, el siguiente cumpleaños lo pasaré contigo».

Nunca le falta la *mot juste*. Acicalado y apuesto, con pelo oscuro rizado y unos elocuentes ojos castaños, William Makepeace Thackeray lo describe como «el rostro más bello que he visto jamás, así me imagino el de nuestro Señor». Pocos son capaces de adivinar la agitación que esconde esta fachada beatífica. Pocos ven a un hombre que vive agarrado a los últimos filamentos de su frágil autoconfianza.

Felix ha traído un regalo para Fanny. Es un obsequio de Navidad y de cumpleaños, una copia de prueba de su nuevo trío para piano en Do menor, una obra de alegre vivacidad, seguramente un boceto de la personalidad efervescente de su hermana. Al igual que sucede con todas sus obras, la van a publicar editoriales de Alemania, Francia, Italia e Inglaterra. Como es habitual en él, la partitura está llena de correcciones de última hora, una señal de la «enfermiza meticulosidad» de Felix, su obsesiva atención a la precisión, la marca de un hombre aterrado de ser acusado de cometer errores. El colofón cita el himno luterano «Ante tu trono me presento», conocido también como «Alabado seas, mi Señor». Mendelssohn proclama su cristianismo a bombo y platillo. La obra brilla por su ingenio y dificultad, está pensada para que la interpreten familias en el salón. Fanny está tan emocionada que sus descendientes se niegan a separarse de la partitura durante más de un siglo.

Ella también tiene un regalo para Felix. Es la primera copia numerada de su primera obra publicada, partituras donde musicaliza seis poemas de Heine, Goethe, Eichendorff y Geibel, que ha aparecido en la prestigiosa editorial berlinesa Bote und Bock. Ella sabe que su obra reabre antiguas heridas familiares. Teme que vaya a perturbar a Felix.

De niña, el padre de Fanny le ordenó que dejara de componer para no robarle protagonismo a su hermano, el genio. «La música será su profesión —anunció Abraham Mendelssohn—, mientras que para ti solo podrá ser un adorno». Fanny obedece y se convierte en esposa y madre, pero nunca pierde el impulso de componer. A Felix le da un arrebató de indignación cuando se entera de que Fanny está tratando

con editoriales. «Va en contra de mis ideas y mis convicciones —le dice a su madre—. Por lo que sé de Fanny, no veo que tenga ni la inclinación ni la vocación para la autoría. Está demasiado volcada en todo lo que una mujer debe ser. Se encarga de llevar su casa y no piensa en el público, ni en el mundo de la música, ni siquiera en la música en sí, hasta que sus principales obligaciones están cumplidas»¹.

¿Es realmente esta su objeción? ¿Es posible que el principal compositor alemán tema que unas pocas obras para piano de su hermana *Hausfrau* debiliten su posición? Felix no da indicios de sus sentimientos, pero su veto revela una constante ansiedad. Felix nunca está seguro de su éxito. Para cuando Fanny recibe su aprobación para publicar, ha perdido dos décadas. El día que ella le entrega sus canciones, le pregunta con inocente burla: «¿Por qué no te dediqué a ti estos *Lieder*?». Fanny es la hermana mayor, ahora lleva la voz cantante.

Abre la puerta al salón de música y se abalanzan, como niños, a por el piano. Sabemos lo que tocaron, pero no el orden. Repasan las canciones de Fanny, el nuevo trío de Felix y fragmentos de su oratorio *Elías*, que había sido un éxito inmediato aquel año en Birmingham. «Ninguna de mis obras resultó tan bien en su primera ejecución ni tampoco fue recibida con tanto entusiasmo —cuenta Felix a su amada familia—. ¡Cuántas veces pensé en vosotros durante ese tiempo!».

Compartiendo el sillín del piano, todo codos y rodillas, los hermanos se desbocan en su música. Los ventanales que van del suelo al techo arrojan sobre ellos una luz invernal. Los retratos de familiares les observan desde las paredes. Un abeto lleno de adornos cruje bajo el peso de las velas y las figuras de ángeles. Nada en este cuadro nos indicaría que ambos son nietos de Moses Mendelssohn, el gran filósofo del judaísmo, defensor de una simbiosis entre la fe judía y la cultura alemana. Moses, el héroe de la obra de Lessing *Nathan el Sabio*, estaba convencido de que sus descendientes serían orgullosos judíos y ciudadanos prusianos. Pero ellos van a la iglesia, se casan con cristianos y borran sus orígenes. Fanny adora la Navidad. A *Elías* le sigue *Christus*, una obra con la que Felix asegura al mundo que él es un compositor del Nuevo, no del Antiguo Testamento. Su imagen, tanto externa como interna, se basa en *no ser judío*. A lo largo de su voluminosa corres-

pondencia y sus conversaciones publicadas, solo se refiere a sí mismo como judío en una ocasión, cuando resucita *La Pasión según San Mateo*, de Bach, tras llevar un siglo en desuso, «y pensar que [...] un judío está devolviendo al público las mejores obras cristianas». Johann Sebastian Bach es el ancestro espiritual de Felix, no Moses. Ese pasado ha sido silenciado.

Cuando se despiden junto a la puerta del jardín, los hermanos prometen volver a reunirse pronto. Nunca lo harán. Aunque Felix pasa por Berlín tres meses después por asuntos de trabajo, no tiene ni un minuto libre. Le necesitan en Inglaterra para que dirija *Elías* en Manchester, Birmingham y Londres, los últimos dos conciertos los presencia la reina Victoria. El príncipe Alberto le llama «el noble artista que, aun rodeado por el culto al Baal del falso arte, ha conseguido, gracias a su genio y estudio, como si de otro Elías se tratara, preservar la adoración por el verdadero arte». En las dependencias domésticas del palacio de Buckingham, Felix está sentado al piano real y acompaña a Victoria en tres de sus canciones. Ella le pide un último capricho. Él toca un *Lied* de Fanny.

De regreso, es arrestado en la frontera con Bélgica, confundido con un primo Mendelssohn llamado Arnold, en busca y captura por robo y fraude. En Berlín, Fanny estrena su última composición, un trío para piano, inspirado en el de su hermano. El 13 de mayo de 1847, escribe una canción. A la mañana siguiente, organiza un ensayo con el coro de la obra de su hermano *Erste Walpurgisnacht* en su casa. Cuando levanta los brazos, Fanny se da cuenta de que ha perdido la sensibilidad en las manos. Ya le ha pasado anteriormente y sabe qué hacer. Va al baño y las sumerge en vinagre caliente. Cuando retoma el ensayo, se desploma en el suelo. «Un infarto —suspira—, igual que mi madre». Para cuando llega su hermano Paul, cuarenta y cinco minutos después, está en coma. Su viudo, Hensel, permanece dos días en la casa del jardín, dibujando el ataúd cubierto de flores.

Paul Mendelssohn manda un telegrama a un pariente en Frankfurt, donde se encuentra Felix dirigiendo una orquesta, para que le dé la noticia. Felix da un grito y se desmaya. El médico le diagnostica agotamiento. Cancela los conciertos que le quedan y se lleva a su familia

a complejos turísticos en la Selva Negra y Suiza, junto con Paul, Hensel y Sebastian. Tiene órdenes de mantenerse apartado de la música, así que dibuja paisajes. Por la noche lee una novela de Benjamin Disraeli.

Tras visitar la casa de Fanny en septiembre, no es capaz de superar la pérdida. Le atormentan los dolores de oído que ha padecido toda su vida. Se deja llevar por explosiones de creatividad frenética. El 9 de octubre está componiendo seis mórbidos *Lieder*, opus 71, cuando pierde la sensibilidad en las manos. Llega a casa tambaleándose y se desploma en el sofá. Los médicos le aplican sanguijuelas. Mendelssohn revive, envía una copia de *Elías* al rey de Prusia y confirma una fecha en noviembre para dar un concierto en Viena. Da paseos por las mañanas y juega a las cartas con su esposa, Cécile, antes de acostarse. El 28 de octubre, mientras le da un beso a Cécile, pierde el conocimiento. Cuando vuelve en sí, se apodera de él un terror mortal. «Sus chillidos, que duraron hasta las 10 de la noche, fueron terribles —escribe el director de orquesta de Leipzig Ferdinand David—. Después comenzó a tararear y a marcar un ritmo como si la música estuviera pasando por su cabeza, y cuando esto le agotó, volvió a los horribles gritos, y así siguió toda la noche».

En Leipzig se suspende toda actividad musical. Dos violinistas, Joseph Joachim y Nils Gade, lo velan en su salón del número 3 de la Königstrasse. Llegan también su hermano Paul y su hermana Rebeckah. «Cécile se arrodilló junto a la cama y rompió a llorar», escribe el pianista Ignaz Moscheles:

Nos colocamos alrededor de la cama en un silencio sepulcral, absortos en nuestras plegarias. Con cada aliento que salía de él podía sentir la lucha de su fuerte espíritu, tratando de liberarse del caparazón terrenal. Había escuchado su respiración muchas veces mientras admiraba sus interpretaciones, como si estuviera elevándose hacia el cielo sobre un Pegaso, y ahora emitía esos mismos sonidos, anunciando el terrible final... Veinticuatro minutos pasadas las nueve [el 4 de noviembre de 1847], con un último suspiro, su alma se liberó del cuerpo.

Su muerte, a los treinta y ocho años, recordó a muchas personas la de Mozart, a una edad similar. El ataúd es acompañado hasta la estación

de ferrocarril por una multitud y más gente sigue la procesión por las calles de Berlín, cantando himnos compuestos por Mendelssohn. Personalidades de la realeza mandan sus condolencias. La reina Victoria está «horrorizada, atónita y apenada». Los músicos están estupefactos. Para Joachim fue «como si el mundo se hubiera parado». Robert Schumann le considera la «máxima autoridad» en la música alemana. Su muerte frena por un tiempo el ascenso de Alemania como potencia musical. Es una *fermata* en la historia de la música occidental, un punto y final.

Todo esto hace aún más extraordinario que, tan solo un año después, la reputación de Mendelssohn haya caído como un ángel del cementerio durante una tormenta invernal. El nuevo orden —Wagner, Schumann, Liszt— rechaza su perfeccionismo, su estilo, la angustiada sinceridad, su etnicidad, su transparente vulnerabilidad. Mendelssohn, bromea un aliado de Wagner, no es un compositor serio, sino más bien «una enfermedad infantil», como la varicela, que se debe superar en la niñez. En Inglaterra, el amor que siente por él la reina y cientos de chicos del coro cantando «Oh, por las alas de una paloma» mantienen vivo su legado, pero termina por desaparecer en el siglo siguiente, tras el reinado de Victoria; se le sigue interpretando, pero no entre los grandes. La caída de este grandioso compositor es un enigma de la evolución cultural.

Richard Wagner, que entonces tenía treinta y tantos años, aprovecha la oportunidad. Compositor de tres óperas —*Rienzi*, *El holandés errante* y *Tannhäuser*— y director de orquesta en la anticuada Dresde, Wagner necesita desacreditar a Mendelssohn para demostrar sus credenciales. Un discurso del anarquista ruso Mijaíl Bakunin le proporciona su *leitmotiv*. «Todo este mundo judío —despotrica Bakunin— no es más que una secta explotadora, unos chupasangre, una especie de parásito orgánico colectivo destructivo, que va más allá no solo de las fronteras de los estados, sino también de la opinión política; este mundo está ahora, en su mayor parte, en manos de Marx por un lado, y de Rothschild, por el otro»². Wagner se pone en contacto con Bakunin, quien le enseña a fabricar granadas de mano y a lanzarlas desde las barricadas. Wagner toca una campana en Dresde que hace estallar